7 POETAS PUERTO RICO

KENNETH CUMBA

7 poetas
Puerto Rico

7 poetasPuerto Rico (antología)

© Kenneth Cumba (antologador), 2015

© La Ubre Amarga Ediciones

Proyecto mARTadero

Cochabamba, Bolivia

Marzo 2016

Diseño de Portada: Pablo Sanchez

Diagramación: Roberto Oropeza

La ubre amarga ediciones cree en una difusión libre y abierta de la cultura como cambio de paradigma socioeconómico de consumo cultural, teniendo siempre en cuenta el respeto por los derechos morales. Por ello, puedes descargarte y compartir este libro bajo las condiciones de respeto y corresponsabilidad en la citación de la fuente, no haciendo uso económico de su copia y manteniedo el original

Kenneth Cumba

7 poetas Puerto Rico

Jesué Oliveras (Bayamón, 1989). Tiene un bachillerato en Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico. Tres textos inéditos: Dorso, Nadir y Frente frío.

Ustedes, los de ternura fresca, los de caricia brusca y enfermiza, los de nombre guardado (en silencio) bajo el brazo. ustedes, los que se comen las uñas (y los cigarrillos) con desesperada calma, los de relojes sin muñeca y el cuerpo colgando cuidadosamente de algún calendario. ustedes, los de la mirada seca y distante, los de labios cosidos de miedo (o los del miedo cosido a los labios), los de palabras arrojadas al viento, los de manos vacías, los de bolsillos perforados. ustedes, dulces y solitarias almas, ayúdenme a sobrevivirme, que ya le tengo terror a todo.

Que mi vida no conozca el homenaje de la memoria
guardada entre las paredes de tantas libretas en blanco
que aún esperan mi tinta desde la oscuridad de una gaveta
que no conozcan mis palabras el reconocimiento
de nadie que no sean los pocos amigos que conservo (que me conservan)
y los dos o tres lectores que en algún momento
se abandonarán a la vida y le darán de codo a esta otra vida
sacrificada a las páginas malogradas y a los poemas que no serán escritos
quisiera pensar que escribo para mí, pero siempre se escribe para alguien más
que nunca llegaré a conocer y que el anonimato de su rostro me facilite
esto de las confesiones innecesarias o los secretos revestidos
en las imágenes que la distancia (o la pulsante cercanía) me obligan a desechar
el silencio en los dedos que teclean solos y desesperados
estas líneas escurridizas que ahora y siempre recurrirán a las evasivas
tiemblan siempre ante la inminente derrota de los olvidos incompletos
no miento cuando miento, son todas verdades que socavan
la angustia de las páginas en blanco cuando tienes algo que decir
y no sabes nunca cómo decirlo
los poemas que descascaro mucho antes de parirlos
los fetos amargos del recuerdo que mancho con la firma de otro nombre
la caligrafía compulsiva y diminuta que pretende colorear el prisma de su ausencia

con el dolor discreto y mezquino de la tinta que escupe el mismo bolígrafo
que zigzaguea con desprecio entre los márgenes inseguros del papel cuadriculado

que pretende de alguna manera encajonar los versos tal como mi vida
se mantiene enjaulada en el luto de otro cambio de piel
que siempre estará atemorizada de los nacimientos prematuros
y de las muertes postergadas
que siempre observará desde las ventanas invisibles de sus pupilas
aquellos rostros que la cruzan sin saber que el tiempo o la memoria
se encargará de borrarlos con la inmediatez de los puñales
que la noche es un inmenso desierto de pozos secos
y sus espejismos son fantasmas que no descansan
son vagabundos que merodean los vacíos abiertos entre un instante y otro
que son relojes estancados en la hora en la que descubrieron
que son frías máquinas que sólo sirven para calcular
el retraso redondo de una calle con muros en ambas extremidades
que los libros son tumbas, cenotafios, de otras vidas que no existieron
pues las vidas que se escriben nunca existen realmente

Resulta que abro una ventana, resulta que esta aridez de movimientos en el cuerpo me advierte que le tenga cuidado al ruido, que ningún sonido es inocente por completo. quizá pienso demasiado, quizá es lo único que hago sin darme cuenta, sin percibir esa ventana en la que me guardo al salir, por si el miedo vuelve. por si lo encuentro. quizá sea todo eso, quizá no sea nada. o será que quizá hasta las paredes se han cansado. salgo, y con cigarrillos nerviosos en la boca camino hacia donde me den los pasos ¡cuántos se me han acumulado! hasta donde comience a sentir que estoy vivo, que no he muerto todavía. aún ando con la resaca de la noche anterior, la cabeza craneando estrategias de tregua y retirada, el estómago clamando por cualquier cosa, pero gritando, rompiéndose de rabiahambresoledad, vibrando inútilmente, como quien delira solo. camino, un mero despojo del día que ha pasado, simple partícipe de éste. Camino, y sin detenerme en ningún sitio me arden los talones de impaciencia, me arde la ruta que no he pisado.

Resulta que he armado cierta complicidad con el celaje: la silueta de una mano que alcanza un vaso para soltarlo, el rostro que se afeita con involuntaria, casi excesiva, familiaridad frente a un espejo ciego, la mujer que duerme conmigo en ocasiones, aunque en ocasiones olvide recordar su rastro, sus manchas de ternura en las paredes, aún iluminando estos papeles como estrellas que se apagan lentamente, esa estela de campos minados que deja tras de sí como piel vieja, esa sombra que irradia con violencia justo cuando será imposible retroceder ileso.

Claudia Becerra (Bayamón, 1990). Egresada de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Cursa estudios graduados en la Universidad de Brown en Rhode Island.

ORILLAS

I

un sublime de bolsillo
-Huidobro

Desde esta orilla inverosímil me observo
un pez fuera del agua, voluptuoso de impaciencia,
saltando sobre la arena como niñez en trampolín.
una forma de asfixia se acerca, acelerando escamas,
mientras la piel húmeda secándose va, en vastedades lentas.
y el sol como una boca fulgida.
y la boca como una cuenca en vano.
y la mano nerviosa como enredadera.
y los pies, siglas aglomeradas.
y la voz, dos palmas unidas al rezo.
y la súplica adentro de un oído sordo.
y el nombre propio siempre tardío como el eco.
desde esta orilla el lenguaje se deshace
en anatomías del cuerpo allanado por el mar,
quedando cada parte flotando, a la deriva,
en trozos de madera vencida,
capitaneando su propia intemperie.
desde aquí se imparte la ley del horizonte:
un avance no acorta las distancias,
dar un paso es constatar

que el otro lado también ha avanzado.

esta orilla no se me echa al bolsillo,

tampoco me emprende.

tan sólo divierte un límite para la pesca sin anzuelo.

VII

ver es escuchar lo invisible hablar de grietas
de abismos tan grandes como grietas,
soldar los labios, reclinar la frente, postergarse
un poco con el pecho anclado,
aproado hacia todas las tardes.
pero si ahora alargara esta mano hecha
un nudo vacío y de golpe la abriera
al día, ¿sorprendería su hora?
¿qué habrá de añadido qué habrá
de despoblado si lleno
de mi mano al mundo
y alboroto su orilla?

VI.

el día demorando al fondo de la acacia, y una definición
haciendo avance por este ojo
de asombro cedido a la calma.
un azul postrero
y esta pobreza entre manos,
un atropello de nubes
y estos pies sin sembradera,
un leve sudor de sombra
inclinada
bajo mi tumulto a cuestas,
hacen la tarde sin frente, de perfiles y filos
de esquinas.
una parte de no sé cuántas mitades, seré
ese tronco desvencijado en el tiempo,
aquel pico del ave desterrándose
o incluso la ramita áspera que su vuelo despide,
como cuando se es irremediable
en la comisura de las cosas.

Gegman Lee (Carolina, 1990). Poeta, narrador y ensayista. Egresado de la U.P.R, Recinto de Río Piedras donde ejerció estudios en Comunicaciones e Historia. Co-creador y co-editor de la revista literaria artesanal "Parhelios". Ganador por unanimidad del Certamen de Poesía Joven "El farolito azul" (2014), mención honorífica en el certamen literario de la U.P.R.R.P (2013). Organizador de diversas actividades culturales. Ha coladorado en revistas, blogs y otros medios como Claridad.

Ventanas y cárceles esgrimidas
en trofeos, presentados de una naturaleza
confusa al no saber, cuándo llegaron
tantas puertas que parecen ser entradas
a abrazos amados, a rostros amados
que a su vez dictaron la certeza,
alguna cortesía acorde a la seguridad
de caminar con el pecho inflado
o con los brazos en cuerdas envejecidas,
tristes de tantos barcos que no pudieron conservar.

Tal vez así, por la espalda se deja de llorar a cambio
de unos brazos que preguntan por otros brazos
y precisamente
después de tanto cielo almidonado, sonrío
pero después de todo mi palabra siempre,
inevitablemente ha sido el llanto.

Mi cuerpo ha de ser
el camino del brebaje que he bebido
y ahora
mis párpados, son nada más
que la evidencia de la fuga de otros cuerpos
que han postrado su visita
en los vestigios de las sombras.

Ahora el gris hace su reino
dentro de mis ojos.
En tus ojos, también veo mi rostro
grabado como fotografías
simulando un anacronismo que aún
no se ha de comprender,
como tampoco las puertas de mis párpados.

Bienvenida a tiempos que fuera de tu rostro
se han quedado doliendo en los niños.
La terrible escisión que partió mi cuerpo
sin dejar de conservar unos cristales
incrustados en las venas
que ahora son la inmediatez
del aviso de la herida en la belleza.

II.

He podido ver borrar aquel cielo de luces,
solía llenarme todo el cuerpo y en mis sienes
busco alguna cuestión que explique
la capacidad ínfima de ver piedras calcinadas,
papeles que se pierden, las ideas en el fuego
que se emprende sin medida sobre árboles.
Estos árboles, son aquellos que cubrieron mi cuerpo,
en los que he aprendido la felicidad
al momento de observarlos concibiendo su belleza
tal cual y fuesen perpetuables sus desapariciones.
Mi cuerpo, ha dejado de ver el resplandor
en las hojas amarillas de otoño sobre el suelo.
Factualmente constatan que no existe la desaparición.

Es inevitable verse desprender
de aquellos restos dorados,
de lo laudable de la invisibilidad.
En la medida en que los alejamos
se hacen irreconocibles nuestros rostros.

Marcus Ortíz (Manatí, 1992). Poeta y crítico. Estudió Filosofía y colabora haciendo crítica cultura para semanarios de su país.

I

Penetra el soplo calcinante
con su raudo vuelo.
Las esferas cierran
sus escándalos de orión,
la estela se dilata
en un costado y el
ojo de lebrel amarra
su cenit, su ninfa de
toda oscuridad.

Alzan sus manos en la arena,
meteoros,
y en la luz una atérida
barcaza cursa el aire
a su medida, una barcaza
de una luna hirviente.

Detrás, la bruma breve,
el paso, se disuelve junto
al aire, rápido aire

al sol que se derrama
como flecha una
de astro acelerado.

Viento ingrávido, loca locura,
un túmido estallido
en cisne, abre
el hueco infuso de
su flor.

II

Será la resonancia inversa claramente
o el puro viaje sin los puertos.

Acá y allá no encuentran un pedazo
de la luz:
se ha desintegrado su estación
su espacio evaporado, tan angosto,
en su circuito de sonámbula ignición.

Gráciles se atisban los tensores
tal vez,
como el invisible vuelo...
y un estruendo nada hacia el después.

Tal vez en el allá se arden los tensores
y el magma presuroso
se hace con toda corrección.

VI

un cadáver rociado de luna
Clemente Soto Vélez

Pero también el aire de un escarnio

despedaza

con su sombra de rocío

el horadar hirviente con su cruz.

Los dientes con su carne

quedan muy cercanos,

muy al rapto frágil

desdiciendo

aquello que estremece

su saliva

y con las muchas cosas del después.

Sentados en un orbe equidistante

mordemos un cerebro sin su luz.

Todo lo que sigue son los

duplos, lo transido

en el momento de furor

como diciendo:

qué duro este rotor de sangre

qué luna toda dura hundida

con la noche

sobre un zombi CONVERSO

bajo tierra.

Lucía Zoé (San Juan, 1994). Ha cursado estudios en teatro y actualmente es estudiante de Escritura creativa en la Universidad de Puerto Rico. Hace performance en espacios públicos durante su tiempo libre.

LA AÑORANZA

Me tumbé de los antojos;
el cuerpo ya no siente.

Crucé la calle con capullos para dirigir abejas
al panal de la añoranza

porque cuando se acerca el quererte
no queda más remedio que aferrarme a aquello que eleva
-aunque ni tanto-
ese globo ilusorio de melancolía inconclusa con zumbidos recallados;

y tenerte (de miel) por unos segundos
antes que abandone el brillo nuestra esfera
ese anaranjado claro, mi amado
esa gran franqueza del día
que deja todo tan vacío tan incomprendido tan a solas
que parece
gota empapada de gaviota
quedando detenida en horizonte.
Si fuera a poseer tu nombre
nuevamente y desinquieta

alargaría entonces tras tu nombre mi tristeza.

Ya no hay que salvar caminos

a la hora que la sombra me atraviesa

-los cariños

y se cumple puramente la nostalgia de pensarte

de-tenerte.

LA FUERZA

Cómo convencerlos
de que no somos cuerpos
cada cual
- una historia carcomida
sin igual
con la frente en alto
en desafío al fuego
persiguiendo siempre
la fuerza
que es igual
a una eternidad de flores.

Abrazarse a la nada
que viene a hacernos tronco;
- ausubo entredolorcompostado.
Llenarse de roble rosado
para que broten
los pétalos de las sienes

torrente

tras

torrente

y queden

las lagunas

afuera...

ASFALTO

El agua queda en segundo lugar.
El piso grieta y le pisan la cicatriz.
El cáncer abona la tierra seca.

Aprieta en el pecho
la pulmonía del cotidiano ajetreo.
cosas incomprensibles; raza insalvable.
Los días pasan y me vuelvo sangre,
me devuelvo
(ganas de vomitar).
Alcanzan los ganchos lugares profundos: trámites.

Queremos pegar los ojos,
pero la luz es insistente calendario.
En falta del agua del profundo sueño,
seguiremos entre la claridad trascendental
hasta que el tiempo nos detenga en el tiempo
, y suenen por fin
nuestros cráneos contra el suelo.

Alejandro Medina (Corozal, 1989). Graduado de Antropología e Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Fundó la editorial artesanal *Mesa*, que ha publicado dos revistas de poesía, así como también su propio poemario, *Al cigoto*.

1.

Los tubérculos se forman en tu hombro;
las lunas,
las libélulas mastican en tu oído.
pululo en seco el animal a veces
- la lámina que somos al revés -,
al dorso el hemisferio en tu mordida.

dilato el beso en la costilla tanto
que por tanto el tanto allí se perla
opúsculo de sangre rota.

el sólo el ya me queda - y es lo vivo
la pausa estática del gesto - y es lo muerto
el poco acá
el iracundo gris la calma en la rodilla
el descarnado así del hambre a cuestas
el ombligo
la silueta el labio tuyo el esqueleto.

2.

Maldito el odio y nace dentro.
palabras bastan las paredes mueren;
limítrofes linderos de la estirpe muda.
comulga,
satanás el hambre
el ábaco insoluto de las manos tercas
cerrando al aire por tamaño mudo;
claro!
-- hasta dónde los contornos
devolverían la razón expuesta al hueso,
al risco el risco,
aletargado el orbe que alimenta.

3.

Repasar entonces
repasar el timbre el hambre tumba entonces
la órbita y la víbora se tuerce
la blandura de los huesos calcinados
o el sofisma dentro la sortija blande
la lengua obstruye al sueño encierra
el aporema dentro de la boca.

el metal abrupto informa
[por endeble]
y el limo abierto deja el rastro
de la miel exacta,
se retuerce.

Kenneth Cumba (Carolina, 1992). Es estudiante de Estudio Hispánicos en la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras. Co-editor de la revista artesanal de poesía, *Parhelios* (Mesa editorial). Ganador del premio Guajana en el año 2014, así como el primer premio en la categoría de poesía del primer certamen subgraduado de la facultad de Humanidades, en el año 2011. Tiene un poemario inédito, *Nodo*.

Pese a las preventas y las cifras acumuladas, de nuevo el desalojo. Esta casa totalmente vacía. Un ideograma escrito sobre el vientre, puerta que se cierra al revés de un año. La cartografía de la ruina reina en el interior de los cuartos. El llanto coloreando las esquinas, por decisión crayolas, porciones de este sueño sumamente intranquilo. Mi hermana que pese a mi silencio escucha gritos dormidos al otro lado del planeta. Testigos del tanteo a oscuras, como bolas de polvo o de arena, intentos que son frágiles por afán permanente. Basura psicoanalítica en la retaguardia. Un bosque de bolsas plásticas, digitales, militantemente constatando lo que no se pudo. Hay cementerio y la mudanza se desconoce por saberse aporema. Verme vagabundo de nuevo, equilibrista por alambres de tiza, con el rumbo entumecido. Mis pasos cuadriculados sorteando la rayuela del recuerdo. El colchón desechado en la acera como homicida avergonzado. En la intemperie una promesa de siestas mejores y más silenciosas. Pero sucede el sol portátil a todas horas como una playa que se inventa y a veces se olvida. La noche suficiente es otra etiqueta de magia ilusoria. La palabra aquí un simulacro que no concluyo. De nuevo el año un despeñadero. El vocablo esquirla para el regreso del cuchillo a las venas. He dejado abiertas las ventanas. Nota: Cuando cierres la puerta, deja la llave.

V

"Una vida que se abrevia a un ojo y muere retrato."
Jesué Oliveras

Ya no sé cómo decir: La voz está cumplida. Así lo creo. El lunes es profundo y lento en su proximidad. Hay un bochorno elemental cuando la rama empieza. Mi voz, por fin entiendo, el pez en los taladros. Mi voz que comenzó cesando un dios temible. Accede a ser voluta, esquina junto a la capa de ozono. Mi voz galaxia abierta, medio mundo que se expande. Entiendo el rostro calcinado de las piedras. El agua tornasolada que hiede en las flores. Entiendo llanamente que el tiempo no sucede. Que el día no sucede y pesar de que nos llamen con cuatro nombres distintos, las madres siempre llaman por el nombre completo. Que he llegado tarde a la apuesta de nacer donde mi hijo se pudre como hombre. Que hemos llegado hasta este punto. El tiempo es un musgo de germen lapidario. El mundo es un beso que nos dio la espalda. El mundo se parece a la palabra nodo. La poesía el intestino que degluten sus amebas. Puede que tal vez el mundo solo sea la poesía. Una vida abreviada a un ojo, compuesta de recientes descubiertos. Una vista abreviada a su retrato. Y yo que no poseo la paciencia de habitar fuera del ojo. Y la podredumbre del hombre que fue mi hijo carcomiendo las hormigas de la mesa. Por fin entiendo. El mundo se parece hasta este punto. Una vida abreviada a la palabra nodo. Si habitar fuera retrato, la poesía deglutiría sus amebas. Que hemos llegado como un hombre. Y la podredumbre la paciencia carcomiendo a mi hijo. El musgo de la apuesta donde a nacer he llegado. Por fin entiendo. Mi voz es la experiencia de los aires, un medio mundo un cuadro con distintos nombres. Las madres no suceden junto a la capa de ozono. Que nos lleguen como esquinas en voluta las piedras accediendo. Una vista a la que el mundo se parece. Flores lapidarias. Y yo que no sucedo por mi nombre completo. Sea la poesía como el beso, un ojo calcinado que nos dio la espalda. Un bochorno en las hormigas por la galaxia rama. ¿Quién ha puesto un parque en el interior del lunes? ¿Y quién habita el lunes taladrando peces?

Y si verás, cuando atravieses el idioma de la escarcha saldrás curtido.

acá que tienes tu presencia tu salud de estar tu no lo dudes tu palabra

si un día que se encuentre por mejora en la caricia, y por decreto llegara el desencanto a donde está el peligro, al imposible de la risa voluntaria de no saber tibiezas.

te abrazo con inmensidad, bueno, desde el lugar aquí que estoy apurando para siempre los retrasos.

seguro habrán personas por allí en tu entorno en tu retiro que no vacilarán en reponerte con ciudades nuevas y algebraicas.

que se queden pendientes paralizados para no lanzarnos de seguro en la mañana por ensayo con lo vivo

lindo, se me hizo tarde.

¿dónde está lo bueno?

¿dónde está tu eje, tu pasar del corazón a corazones por encima de las hojas?

y tú, qué pasa contigo, hasta qué punto, chiquillo de magma, permanece el fuego quieto,

ecuanimizado ante la mucha y tal vez redonda entrega de lo mismo

ajorándoseme al punto de seguir diciendo que me esperes mientras busco por lo grande de la red entre esta maraña de los huesos cuestionar un mar correcto;

usualmente los cementerios son relaciones humanas, un lúcido descanso cuando quieras invadirte los capítulos.

pero hasta qué punto reconocer la calle de mirarnos curiosos y lacerados

y además qué bueno si es que logras acabando para sorpresa mía con las

filiaciones

¿que cómo estoy? espero los detalles.

así de fácil yo también la nota entre estos dos polos inexactos, un ajedrez que lucha con intensidad oceánica sobre las porciones de la mesa.

así de fácil, creo, como pensar que has muerto

y la calma que no duele y que te asusta permitirte eso

y a ti que no llego a conocerte, el escape de familia en comprensión pasada, si sabemos que hablamos y no termino y no consigo terminarme.

si la excusa desde entonces no trabaja el error de resolverse

si ya que casi lo tengo, cariño, por devolución de cosas

llegarán las reglas fantasmáticas a donde estuvo conocernos

hacia aquellos que puedan considerando imprescindible habitar lugares demasiado huecos

LA UBRE AMARGA EDICIONES